

Participación política juvenil como políticas del acontecimiento¹

Jorge Eliécer Martínez
Universidad de La Salle, Colombia

“La acción política es una creación doble que a la vez recibe la nueva distribución de los posibles y trabaja para su consumación en las instituciones, en los agenciamientos colectivos -que corresponden a la nueva subjetividad- que se ha expresado en el acontecimiento”.

Maurizio Lazarato

“La política no es un sistema rígido de normas para los jóvenes, es más bien una red variable de creencias, un bricolaje de formas y estilos de vida estrechamente vinculado a la cultura, entendida ésta como ‘vehículo o medio por el que la relación entre los grupos es llevada a cabo’ ”.

Rossana Reguillo

Abstract

La tesis central del escrito es la comprensión de las dinámicas juveniles como formas de participación, que no pasa necesariamente por los espacios tradicionales de hacer política. Este trabajo aborda la performatividad de las culturas juveniles, el cuerpo como forma de resistencia biopolítica y de participación de las culturas juveniles, las diversas formas de ciudadanía desde los planteamientos de Rossana Reguillo y, por último, la participación de los jóvenes como políticas del acontecimiento.

Palabras clave: Culturas juveniles, Política, Performatividad, Biopolítica, Acontecimiento.

¹ Este artículo es producto de la investigación «La escuela como escenario de socialización política: actitudes, sentidos y prácticas de participación ciudadana en jóvenes de estratos 1 y 2 de cuatro regiones del país», participantes en el Programa Nacional Jóvenes Constructores de Paz financiado por Colciencias, Código 1235-11-17686. El equipo es interdisciplinario y está compuesto por Germán Muñoz, Patricia Botero, Sara Victoria Alvarado y Héctor Fabio Ospina como investigadores principales y por Julián Loaiza, Martha Gutiérrez, Marta Cardona, Juliana Torres, Diego Muñoz y Jorge Martínez como coinvestigadores. Esta investigación fue presentada entre la Universidad de Manizales, el Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud y la Universidad Central. Además, este artículo forma parte de las reflexiones realizadas por el grupo «Juventud y Nuevas Prácticas Políticas en América Latina», en el marco de la investigación «Expresiones alternativas de acción política» financiada por CLACSO. El grupo se presenta como un espacio interdisciplinario e internacional en la investigación de las prácticas juveniles como expresiones políticas que no son necesariamente políticas tradicionales.

This paper argues that youth dynamics should be understood as forms of participation that do not necessarily belong to traditional forms of political participation. The research explores youth cultures performativity, the body as biopolitical resistance and as a vehicle for youth participation, and the different forms of citizenships based on Rosana Reguillo's perspective. It also analyzes youth participation as a politics of the event.

Keywords: youth cultures, politics, performativity, biopolitics, event.

Introducción

En el libro *Hijos de la libertad*, Ulrich Beck presenta una frase que resume lo que es la participación política de los jóvenes en los tiempos actuales “Los jóvenes practican una denegación de la política altamente política” (Beck, 1997: 9). Para dar sentido a la anterior afirmación presentaré este escrito en cuatro momentos: el primero lo he denominado “La performatividad de las culturas juveniles como territorio de participación”. En un segundo momento abordaré la idea de “La biopolítica: el cuerpo como participación política”. El tercer apartado lo he llamado “Las ciudadanías juveniles como participación”, para terminar el escrito con un cuarto momento, que servirá de conclusión, nombrado “Las políticas del acontecimiento como forma de participación”.

1. La performatividad de las culturas juveniles como territorio de participación

Los cambios sociales, fruto de la llamada crisis de la modernidad, son un escenario para la configuración de los jóvenes ² como actores sociales, de ahí que se percibe dos formas de entender la participación: por un lado la denominada “postura instrumental” y por otro “la postura desdramatizada”.

² “Definir al joven en términos socioculturales implica, en primer lugar, no conformarse con las delimitaciones biológicas, como la de la edad, (...) se señala que la juventud, como hoy la conocemos, es propiamente una invención de la posguerra, que hizo posible el surgimiento de un nuevo orden internacional” (Reguillo, 2003: 104).

La idea de la postura instrumental es la incorporación de los jóvenes a las instituciones normalmente constituidas para la participación, a saber: la escolarización, el mundo del trabajo y la política formal. La preocupación por la participación de los jóvenes en estos espacios que llamaré “institucionales” es fruto de una mirada adulto céntrica en la que se acusa a los jóvenes de hedonismo, desimplicación y falta de interés. Esta visión tiende a configurar un pensamiento “normativo”, preocupado por producir estrategias y respuestas para contrarrestar intervenir los imaginarios juveniles (Reguillo, 2003a: 50).

Esta “incorporación a como dé lugar” presenta una plataforma de inclusión de los jóvenes que se realiza desde los mismos principios que han dado la exclusión, es decir, que termina por estipular con el modelo de sociedad que ha estimulado la exclusión y la marginación de los jóvenes, derrumbando así en una conceptualización de carácter instrumental que propone educación para el trabajo; trabajo para la consecución de una ciudadanía normalizada; ciudadanía como categoría estable de derechos y obligaciones.

Esta forma de incorporación es cuestionada porque desconoce que los espacios de inclusión no son contenidos homogéneos y estáticos; el problema consiste en expandir sus alcances, en hacer la crítica de su insuficiencia y en integrar a los jóvenes a estos espacios. A lo anterior le añadimos el deterioro del sentido que las sociedades han depositado en estos espacios, que invisibiliza la mirada de los jóvenes en cuanto a sus derechos de decir “no a la escuela, no al trabajo, no a la política en sus características y expresiones actuales” (Reguillo, 2003a: 50). Esta forma de entender la participación de los jóvenes es leída como una “acción” que termina por acallar las voces de los jóvenes y se constituye en una “incorporación a como dé lugar”, que reproduce las estructuras y simbologías modernas, las cuales se consideran agotadas porque los jóvenes presentan ante éstas un desencanto. El seguir pensando la participación desde estos espacios “institucionales” es un absurdo. Sería como “colocar el asunto en estos términos, (...) equivalente a pensar que más policía, más armamento y mayores controles son suficientes para contrarrestar la inseguridad y la violencia crecientes en nuestras sociedades o, en otro plano, que más estaciones de televisión y radio garantizan más información o, aún, asumir que más partidos políticos representan más democracia” (Reguillo, 2003a: 51).

En la sociedad hay una relación de inclusión y exclusión; llama la

atención que al pensar la inclusión de los jóvenes tiene que tener un tólos o fin claramente marcado. Un caso que manifiesta la importancia de la pregunta para qué la inclusión, lo presenta con los jóvenes latinos en Estados Unidos: “Entre el conjunto de dramáticos planos que la invasión imperial ha hecho visibles, quisiera destacar aquí el proceso de reclutamiento de jóvenes inmigrantes (latinos la gran mayoría) a las fuerzas armadas estadounidenses. Bajo la promesa de una ciudadanía *fast track*, jóvenes que no han tenido en ese país oportunidades de empleo y de educación superior se han enlistado en el ejército. Para muchos de ellos, por ejemplo para José Ángel Garibay, de Guatemala, y para José Gutiérrez, de México, la ciudadanía norteamericana resultó una ‘ventaja’ *post mortem*. Jorge Mariscal, académico especialista en estudios chicanos de la Universidad de San Diego, señala en entrevista con Marco Vinicio González, del *suplemento Masiosare de La Jornada*, que no sólo la ciudadanía resulta un imán poderoso para estos jóvenes inmigrantes, sino además el hecho de que ‘el uniforme militar crea la ilusión de que las diferencias sociales y étnicas se disipan, sobre todo al ingresar en los niveles de la oficialidad’. Me parece que sobran los comentarios. El costo que muchos jóvenes están teniendo que pagar para incorporarse a la sociedad puede ser documentado en diversos escenarios que, aunque menos dramáticos, señalan el efecto simulacro que esta ‘incorporación a como dé lugar’ provoca, al mantener el asunto como una cuestión de extensión de ‘beneficios’. El problema estriba en cómo atender lo urgente sin descuidar lo importante” (Reguillo, 2003a: 53).

Se presenta una incapacidad de las instituciones y de los escenarios tradicionales para ofrecer respuestas a la creciente visibilidad de las culturas juveniles. Los actores indiscutibles en el contexto de crisis por el que atraviesan las sociedades contemporáneas, los jóvenes, se han convertido en una pregunta que desvela, de múltiples formas, al proyecto social que nos hemos dado, lanzando un desafío fundamental: la posibilidad de cambio, en un escenario incierto. Puede impugnarse que el interrogante por los jóvenes no es nuevo y que éstos han mantenido siempre un papel luchador frente a la sociedad adulta, lo cual en gran parte es cierto. Sin embargo, en la actualidad, los jóvenes han visibilizado un conjunto de procesos que están directamente vinculados al cambio de época por el que atravesamos: la aceleración de la tecnología, la globalización y la precariedad de la idea de futuro.

En el trabajo de María Victoria Martín y Laura Pérez de Stefano

denominado “Miradas desde y sobre los jóvenes platenses del siglo XXI. Una experiencia colectiva que propicia la participación ciudadana desde la escuela”, se presentan tres procesos que reconfiguran el mundo social y la percepción de los jóvenes con respecto a la sociedad: 1) lo cotidiano, 2) el consumo cultural y 3) el quiebre del futuro. Se destaca el elemento de participación de los jóvenes desde los textos producidos por ellos mismos como jóvenes, debido a que “mirada de los jóvenes sobre los jóvenes, contribuye a desterrar la peligrosa narrativa que suele condenar a los jóvenes al relato de su propia incapacidad y a construirlos como objetos de subsidio por parte del mundo adulto, negando su condición de sujetos reflexivos y capaces de acción. Que jóvenes platenses indaguen en la experiencia diaspórica de otros jóvenes que, por distintas circunstancias, han dejado el país tras la persecución de un pasaporte de la Unión Europea que los vuelva momentáneamente viables, no solamente habla de un ‘*sensorium*’ común o compartido (en el sentido de interpretar al otro desde la propia piel), sino de la agudeza con la que los propios jóvenes captan el drama que define sus opciones y el poco margen de maniobra que la multicitada crisis les permite. Que jóvenes naveguen en las turbulentas aguas del futuro incierto para producir una mirada crítica no es un preciosista ejercicio académico sino el intento de salir a la intemperie a cuestionar a fondo a nuestros políticos, nuestras instituciones, nuestros relatos” (Reguillo, 2004: 1).

Los tres ámbitos clave por los que se desplazan estos miramientos juveniles constituyen tres vigorosos vínculos para pensar al sujeto social en el marco de la sociedad de la información o sociedad red. Si algo es importante en el tema de la participación juvenil es la centralidad de la vida cotidiana como espacio de negociación y resistencia frente a un procedimiento opresor que se lucha, “como diría Habermas, en colonizar el mundo de la vida” (Reguillo, 2004: 1). Pocos lugares están tan pesadamente llenos de sentido como el consumo cultural y lo que esto significa en términos de acceso desigual a la cultura mundo, cuyos efectos se dejan sentir como movimientos telúricos en los territorios juveniles. “(...) como nos enseñó Bourdieu, el pacto social que hizo posible las trayectorias de vida como movimientos relativamente organizados (de la casa a la escuela, de la escuela al trabajo, del trabajo a la ciudadanía)” (Reguillo, 2004: 2).

La postura desdramatizada, la segunda forma de entender la participación juvenil, se sitúa en aquellas aproximaciones a las expresiones

culturales juveniles que, con no poca periodicidad, se deslizan hacia una conceptualización del sujeto joven centrada en el placer, en el nomadismo y en prácticas que no tendrían otro argumento de ser que la perpetuación indefinida de un goce sin tiempo y sin espacio. Las culturas juveniles se entienden como un “conjunto heterogéneo de expresiones y prácticas socioculturales” que operan como símbolos del profundo malestar que fatiga a las sociedades y que en las señas más espontáneas y lúdicas, residen huellas claves a ser desentrañadas desde la teoría crítica. Con lo cual no está negando la capacidad de goce, ni a visualizar las culturas juveniles con movimientos sociales.

La producción y el consumo cultural, las manifestaciones identitarias alternativas, las expresiones artísticas, el uso de los dispositivos tecnológicos, el caminar por territorios diversos, entre otras acciones de los jóvenes, son leídos desde un “contexto de acción y en un universo simbólico”, lo que significa que estas prácticas no están “fuera de lo social”. En tal sentido, considerar que las expresiones juveniles no pueden sustraerse del análisis sociopolítico de la sociedad en la que se inscriben, pensar lo contrario, sería “asumir, de un lado, una posición de exterioridad (jóvenes más allá de lo social) y, de otro, una comprensión bastante estrecha de lo político (reducido a sus dimensiones formales, más bien ‘la política’)” (Reguillo, 2003a: 52).

La desdramatización de las expresiones juveniles es denominada “*performatividad juvenil*”, la cual induce “una sobreatención de las dimensiones tribales: códigos, emblemas, valores y representaciones que cohesionan al grupo, en detrimento de las dimensiones institucionales y del papel del mercado como rearticulador de los sentidos de pertenencia y ciudadanía y, de manera especial, generaría una invisibilización analítica de lo que Chantal Mouffe ha denominado ‘los antagonismos políticos’, el conflicto” (Reguillo, 2003a: 53).

Al presentarse la conclusión del espacio del conflicto, las representaciones “desdramatizadoras” se instalarían en el plano de las instrumentales, ya sea en la música³, el cuerpo como narrativa, el rechazo a la política tradicional, entre otros, que son expresiones preformativas que manifiestan una posición de los jóvenes frente a la sociedad que habitan. “La cultura anarco-punk, la rever o electrónica, la gótica y sus

³ “La música representa más que una tonada de fondo; se trata de un tejido complejo al que se vinculan sus percepciones políticas, amorosas, sexuales, sociales. Debe, en este sentido, responder a la experiencia subjetiva del mundo desde el lugar social” (Reguillo, 2000a: 43).

constantes réplicas expresan de otra manera el mismo malestar que los movimientos juveniles anti-globalización: una crítica ensordecedora, un dolor disfrazado de ironía indiferente, una angustia afásica travestida de gozo” (Reguillo, 2003a: 53).

La performatividad se encuentra, por ejemplo, en la música, en donde los jóvenes encuentran un territorio en el que las tensiones, el conflicto, la angustia que se deriva del complejo proceso de incorporación social se aminoran y dan paso a las primeras experiencias solidarias. La música es preformativa porque en ella los jóvenes vehiculan su sentido de lo social rompiendo el encierro de su propia piel, es el lenguaje que permite explorar el mundo y expresar las valoraciones que se tienen del mismo, presentándose la música como lugar de interacción entre lo interior y lo exterior. La *performatividad* es una clave de lectura fundamental para entender la participación política juvenil en el cuerpo, en la música, en las diversas prácticas de los jóvenes. De ahí que “la política no es un sistema rígido de normas para los jóvenes, es más bien una red variable de creencias, un bricolaje de formas y estilos de vida estrechamente vinculado a la cultura, entendida ésta como ‘vehículo o medio por el que la relación entre los grupos es llevada a cabo’ ” (Reguillo, 2000b: 43).

2. La biopolítica: el cuerpo como participación política

Las narrativas del cuerpo se presentan hoy en la escena pública entre las lógicas del mercado y las luchas de resistencia a las constituciones de las subjetividades que el capital propone. El cuerpo es el vehículo primero de la sociedad, de su conquista y dominación, el cual en gran medida determina el éxito o el fracaso de un proyecto social. Hoy, cuando la sociedad revela que no hay un modelo único, éstas se debaten entre “un cuerpo liberado y obstinado ‘joven’, con su parafernalia de tratamientos, ejercicios y modas, donde lo joven se libera de la edad y se convierte en un imaginario; el cuerpo como expresión del espíritu de una época en la que ‘el abdomen de lavadero’ en el caso de los varones y el ‘ombligo perfecto’ que requiere la moda femenina se convierten en persecución itinerante tras cuerpo juvenil convertido en nueva deidad del consumo. De otro lado, el cuerpo pecador, castigado por la ira divina a través del SIDA, metáfora de la derrota del cuerpo” (Reguillo, 1999: 229-230), nos lleva a pensar en la biopolítica.

De ahí que sea necesario clarificar el término desde el origen para entender la relación con la juventud. En los cursos entre 1978-1979

celebrados en el *Collège de France*, fue Michel Foucault quien definió la biopolítica como “el modo en que, desde el siglo XVIII, se han intentado racionalizar los problemas que planteaban a la práctica gubernamental fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: salud, higiene, natalidad, longevidad, razas, etc.” (Foucault, 1999: 209). La vida se ha vuelto un objeto del poder. La más alta función de este poder es infiltrar cada vez con mayor profundidad la existencia humana, y su objetivo primario es administrar la vida. Para Foucault fue en el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX cuando la vida (la vida en cuanto tal, la vida como mero proceso biológico) comenzó a ser gobernada y administrada políticamente.

En este punto, Foucault asume la biopolítica en relación con la producción capitalista de subjetividad, como la forma de racionalizar los problemas que fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población planteaban a las prácticas gubernamentales.

Es el Estado en su racionalidad el que controla la biopolítica, es decir, los procedimientos por los cuales se dirige la conducta de los seres humanos mediante una tecnología gubernamental. Los problemas específicos de la vida y de la población –sexualidad, reproducción, trabajo, salud, higiene, vivienda, educación y seguridad social– son asumidos en el seno de una administración estatal. Cada vez más estos problemas toman un lugar creciente y suponen un reto económico, político, cultural y social. En consecuencia, se registra una inflación de los aparatos de gobierno, sobreadministración, burocracia centralista y rigidez de todos los mecanismos de poder.

El estudio que Foucault realiza sobre la biopolítica tiene como núcleo central la relación del poder sobre la vida, presentándose bajo dos polos: el cuerpo máquina y el cuerpo especie. Las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida. El establecimiento de esa gran tecnología de doble faz caracteriza un poder cuya más alta función es invadir la vida enteramente.

El primer polo en formarse fue el cuerpo como máquina, durante el siglo XVII. El poder dirige la educación del cuerpo y de la mente, “el aumento de sus aptitudes, la extorsión de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, y su integración en sistemas de control eficaces y económicos. Todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las disciplinas: anatomopolítica

del cuerpo humano» (Foucault, 1999: 168), aspectos que son abordados en *Vigilar y castigar*, en cuanto al poder disciplinario.

El segundo polo está centrado en el cuerpo-especie y se formó hacia mediados del siglo XVIII, estableciéndose una biopolítica de la población. La tecnología gubernamental orienta los procesos biológicos, demográficos y sociales: los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar y controlar. En la vertiente de las regulaciones de población figura la demografía, la estimación de la relación entre recursos y habitantes, los cuadros de las riquezas y su circulación, de las vidas y su probable duración (Foucault, 1999: 168-169).

Por lo tanto, el biopoder se presenta en un factor preponderante dentro del capitalismo para su expansión, debido a que el capitalismo no puede afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos. El fortalecimiento de los grandes aparatos del Estado, como instituciones de poder, aseguró el mantenimiento de las relaciones sociales de propiedad y producción.

Las diversas instituciones (familia, ejército, policía, hospitales y las relacionadas con los sistemas públicos de salud, higiene, vivienda, saneamiento básico y educación) utilizaron las técnicas de poder para apoyar no solamente los procesos económicos sino también los encaminados a generar segregación, clasificación y jerarquizaciones sociales, garantizando así relaciones de dominación y efectos de hegemonía. Foucault señala, para concluir, que el ajuste entre la acumulación de hombres y capital, la articulación entre el crecimiento de los grupos humanos y la expansión de las fuerzas productivas, la repartición diferencial de las ganancias y su aceptación por las clases dominadas, en parte fueron posibles gracias al ejercicio del biopoder en sus formas y procedimientos múltiples.

Es decir, la sociedad disciplinaria capitalista es aquella en la cual el comando social se construye a través de una difusa red de dispositivos o aparatos que producen y regulan costumbres, hábitos y prácticas productivas. La puesta en marcha de esta sociedad, que asegura la obediencia a sus reglas y mecanismos de inclusión y/o exclusión, se logra por medio de instituciones disciplinarias que estructuran el terreno social y presentan lógicas adecuadas a la “razón” de la disciplina.

En relación con los jóvenes podemos destacar cinco grandes áreas a

propósito de la biopolítica: las dimensiones raciales, la pobreza, el consumo, la moral pública y la dimensión del género.

Lo que se presenta en estos puntos es la relación que se establece entre la vida y las diferentes regulaciones que sobre ella se manifiestan, pasando por una forma de racismo que se evidencia en algunos movimientos juveniles. Sin embargo, se lee el racismo en América Latina de una manera diferente a la que se da en los movimientos de jóvenes en Europa; “el problema más grueso, en términos regionales, radica en la traducción de la discriminación racial al estatuto de las políticas públicas que cierra la pinza de un imaginario que la modernidad no logró erradicar: el de una superioridad anclada en la diferencia racial, también llamada Supremacía” (Reguillo, 1999: 230). La exclusión es justificada en América Latina por elementos raciales, pero también y de una manera más fuerte por las condiciones económicas, es así que la pobreza es una categoría sociocultural como criterio de clasificación social por el cual “...define oportunidades, cancela expectativas y modela culturalmente los cuerpos de los que no caben en los nuevos territorios neoliberales” (Reguillo, 1999: 230) y es de destacar el papel de los medios de comunicación en la configuración de las biopolíticas sobre el cuerpo, puesto que construyen y homogenizan las sociedades, masificando el mercado y la producción.

Por lo anterior, se relaciona a los jóvenes en su biopolítica de la pobreza con una disposición a la violencia. Ella presenta que “(...) En los cuerpos ‘pobres’ de los jóvenes se inscribe un imaginario vinculado a la delincuencia. Se trata de cuerpos ingobernables, en la medida en que han sido abandonados por la mano protectora de la sociedad, que se ve ‘traicionada’ por unos padres y un ambiente que en su misma condición de pobreza son incapaces ‘naturalmente’ de socializar adecuadamente a los niños y a los jóvenes. Tras este imaginario socialmente construido, se oculta la idealización del sometimiento y domesticación paulatina de los cuerpos ciudadanos y el papel de control que se le asigna a la familia” (Reguillo, 1999: 231).

La imposibilidad de gobernar los cuerpos juveniles desde la óptica anteriormente descrita ha llevado a la “mano dura”, que se manifiesta en el exterminio de estos cuerpos como factor de “limpieza social” o en la exclusión paulatina de la participación social; lo anterior, sumado a los discursos sobre la vigilancia y el control panóptico de las prácticas juveniles, discursos que dejan de ver a los jóvenes como “rebeldes” para calificarlos de “peligrosos”.

Pero la biopolítica de los cuerpos es también analizada desde el consumo o desde “la liviandad de los cuerpos”. La máquina del capital genera no sólo productos para los jóvenes, tales como ropa, zapatos, alimentos, música, programas de TV, entre otras múltiples posibilidades, sino y ante todo “modos de vida”, “modos de ser en el mundo”, es decir, “estilos de vida”. La posibilidad de tener ciertos productos es el canal de pertenencia y de participación social, es un modo particular de experimentar el mundo que posibilita las “adscripciones y diferenciaciones identitarias”. “(...) Los productos no son solamente vehículos para la expresión de las identidades juveniles, sino dimensión constitutiva de ellas. La ropa, por ejemplo, cumple un papel central para reconocer a los iguales y distanciarse de los otros, se le transfiere una potencia social capaz de establecer la diferencia en lo que una mirada superficial puede leer como homogeneidad en los cuerpos juveniles” (Reguillo, 1999: 231).

El mercado presenta patrones de identificación estética globalizada que es capaz de integrar lo local en sus formas de representación. Un caso es dado en “(...) ‘look MTV’, que cruza el continente con un ‘estilo desenfadado, espontáneo, infantil y al mismo tiempo sexy’, y confiere a sus portadores el efecto ilusorio de una diferencia a través de marcas y distintivos nacionales pero, de manera más importante, vinculados a los distintos tipos de adscripciones identitarias y colectivas juveniles, desanclados de la dimensión espacial cuyo sentido estaría dado por lo que Anderson denominó ‘comunidades imaginarias’ (Reguillo, 1999: 232).

En el terreno de las estéticas juveniles, desde el consumo puede referirse a las “naciones juveniles” que manifiestan mitos de origen, rituales, discursos, entre otros. Las estéticas de los *punk* o *surfo* o deportistas, la estética rasta o *neo-hippie*, el rap o el metalero, los candí, entre otras posibilidades, les confieren a los bienes tanto materiales como simbólicos un valor que subordina su uso práctico y su valor económico al estilo.

Por otra parte, desde la biopolítica se retoma el género y se señala una reflexión sobre las mujeres jóvenes, elemento que recuerda la frase clásica del feminismo “lo personal es político”. En los referentes a las culturas juveniles ha predominado una lectura que ha problematizado de manera limitada la diferencia tanto política como cultural del género, manifestando que es esta integración político-cultural del género “(...) el primer paso hacia la construcción de un conocimiento que devele las desigualdades y desniveles sociales engendrados por la diferencia sexual” (Reguillo, 1999: 236).

La sexualidad aparece como uno de los ejes que constituyen la

participación política de los jóvenes; de lo que se trata es de hacer hablar las diferencias cuya negación en el ámbito público ha determinado la discriminación tanto de lo femenino como de las diversas formas de ser en el mundo (gays, lesbianas, bisexuales, transgeneristas e intersexuales). Por lo tanto, lo que hay que entender es si los jóvenes y las jóvenes han sido capaces de generar una crítica a los presupuestos tácitos en relación con una biopolítica que ha logrado “naturalizar” la superioridad y el dominio masculino (Reguillo, 1999: 236).

La biopolítica es un elemento de control y clasificación social que hoy se expresa de múltiples formas, que van desde la normalización mediante decretos de regulación social hasta la lógica del mercado hacia los jóvenes. Sin embargo, “a todo poder se le oponen otros poderes en el sentido contrario, lo que significa, en términos analíticos, que el estudioso de las culturas juveniles debe atender también los movimientos de respuesta a los discursos y dispositivos del control y la exclusión”. (Reguillo, 1999: 231).

La posibilidad de las relaciones de poder muestra una mecánica del mismo en cuanto a su flexibilidad y dinamismo; establecer este sentido del poder como “juego estratégico entre libertades” en las cuales los jóvenes están inmersos. Las resistencias a la biopolítica se dan en este marco de “juegos estratégicos de la libertad, en tanto que un conjunto de relaciones que el sujeto establece consigo mismo y con su colectivo constituyen unas perspectivas de un estilo, de la belleza de la existencia, de la vida, termina por ser formas de resistencia. Es en este sentido, es decir, en la aparición de nuevas posibilidades de juegos de poder, que las estéticas de los jóvenes sobre su cuerpo, tanto individual como colectivo, pueden proponerse como estrategia de resistencia. Esta resistencia no es sólo reacción, es sobre todo creación. Los jóvenes hacen hablar sus cuerpos y constituyen de él un territorio de participación política, pues en él permiten la aparición de nuevos modos de ser libres en la creación de nuevas subjetividades.

3. Las ciudadanía juveniles como participación

En el texto *Ciudadanía juveniles en América Latina*, Rossana Reguillo hace referencia al protagonismo de los jóvenes en América Latina en los últimos diez años, debido principalmente a que se ha encontrado bajo el fenómeno de la “leyenda negra” que ha convertido a los jóvenes de América Latina en los principales actores de violencia en la sociedad.

Los jóvenes han sufrido este proceso estigmatizador y generalizable a

todos los países de América Latina, pero además la crisis de la década de los '80 agudizó la situación fracturando las macroeconomías de los países y pulverizó la microeconomía de las personas; bajo estos acontecimientos los jóvenes se han visto afectados por la exclusión y por la poca posibilidad de incorporarse productivamente a la sociedad.

El panorama se centró en un avance en procesos de democratización, “los ciudadanos han sido capaces de generar condiciones para una mayor participación, la globalización junto con su carga de desniveles y desigualdades también trajo vientos de libertad, volvió ‘transparentes’ las fronteras nacionales y caló hondo el discurso de los derechos humanos. La idea del Globo (Tierra) como destino único y compartido se fortaleció a través de las industrias culturales, y la tecnología vino a trastocar las nociones consagradas de tiempo y espacio” (Reguillo, 2003b: 1). Esta ha sido la densa atmósfera en la que los jóvenes como sujetos históricos están situados, sus formas de organización han cambiado aceleradamente y su participación también ha sufrido cambios, ni son homogéneos ni representan una categoría cerrada y definible a partir de unos cuantos rasgos, son heterogéneos, complejos y portadores de proyectos diferenciales.

Luego de esta contextualización podemos desarrollar tres aspectos centrales, con el propósito de presentar el tema de la ciudadanía juvenil en el contexto del mundo contemporáneo, a saber: en primer lugar, una discusión para replantear el tema de la ciudadanía. En segundo término, la discusión de siete grandes áreas vinculadas a la necesidad de superar la insuficiencia de su definición formal. Estos dilemas corresponden a: 1) ciudadanía restringida, 2) los otros jóvenes o la fuerza electoral, 3) los jóvenes y las políticas compensatorias, 4) derechos humanos, un frente clave, 5) nuevos frentes de desigualdades, 6) la migración marca la época y 7) performatividad o puesta en escena de la ciudadanía. El propósito de trabajar estos aspectos es analizar la relación entre jóvenes y ciudadanía. Finalmente, y en tercer lugar, la discusión del concepto de ciudadanía cultural como una categoría síntesis para articular la densidad de la problemática ciudadana en relación con los jóvenes.

Los tres modelos de ciudadanía corresponden a: ciudadanía civil, ciudadanía política y ciudadanía social, los cuales han venido rigiendo en la historia contemporánea del siglo XX en términos laxos. Ciudadanía civil: bajo la que quedan englobados o definidos todos los habitantes dentro del territorio del Estado-nación. Ciudadanía política: eleva a la condición

ciudadana a los individuos que pueden participar plenamente en la esfera de las decisiones políticas o públicas y que de acuerdo a regulaciones específicas se restringe sólo a aquellas que reúnen ciertas características. Ciudadanía social: aparece en la fase del Estado de Bienestar y, vinculada a la dimensión civil, otorga a todos los miembros del Estado nacional un conjunto de beneficios sociales. Ciudadanía cultural: se define desde la articulación del derecho a la organización, el derecho a la expresión, el derecho a la participación en el mundo a partir de las pertenencias y anclajes culturales: el género, la etnia, la religión, las oposiciones sexuales (Reguillo, 2003b: 3-5). Sin embargo, actualmente se añade una cuarta dimensión de ciudadanía que ha sido el resultado de reflexiones políticas y académicas y consiste precisamente en la “ciudadanía juvenil”, cuya virtud es que coloca en el debate aspectos que no fueron considerados en las otras tres dimensiones: la cultura como plataforma para la ciudadanía.

El tema de la “ciudadanía juvenil” se estrella continuamente contra el muro de los formalismos de la dimensión política. En el plano de las estructuras formales, la división arbitraria y socialmente construida entre los menores y mayores de edad establece claramente que los “menores” carecen no sólo del derecho político para participar en las decisiones sobre la esfera pública, sino además para involucrarse como sujetos de derechos políticos en una sociedad.

Se han puesto de manifiesto graves dicotomías en las que se piensa la inclusión ciudadana de los jóvenes: a) prevalece la idea de que los jóvenes menores de edad carecen de las competencias necesarias para ser sujetos políticos; b) se afirma la premisa de que deben ser sujetos imputables desde la lógica del Estado. “El actor juvenil no es homogéneo, más allá de las complejidades culturales” (Reguillo, 2003b: 6).

Los jóvenes reconocidos oficialmente como ciudadanos se han convertido en una fuerza electoral definitoria de los procesos sociopolíticos de América Latina. El asunto es complejo porque, por una parte, el destino de las sociedades latinoamericanas actualmente reposa en un electorado joven y, por otra, es constatable la ausencia de proyectos y el desdibujamiento de las opciones del futuro por la vía de la democracia electoral, cuyo efecto es el de un desencanto generalizado. Esto abre una enorme brecha entre las instituciones y los actores sociales, que se centra en tres procesos: desentendimiento, pragmatismo y aparición de nuevos referentes, que provocan un repliegue hacia el individualismo con el consecuente vaciamiento de la dimensión política. Esto lleva a afirmar

que re-politizar la política es todavía una opción posible para ganar una ciudadanía juvenil capaz de utilizar su fuerza electoral y su vitalidad en la urgente reconstrucción del espacio público (Reguillo, 2003b: 10).

Un aspecto importante consiste en que la ciudadanía política y social no pueden pensarse al margen de los derechos humanos; es posible afirmar que éstos constituyen uno de los pocos referentes públicos que interpelan los jóvenes de manera directa. Los jóvenes han sido convertidos en peligrosos enemigos de la sociedad, la política de seguridad que ha ido ganando terreno en el continente ha hecho de los jóvenes no sólo el blanco de medidas represivas sino víctimas constantes del abuso policiaco, que queda las más de las veces impune.

Es necesario re-pensar la protección de los derechos humanos desde el propio Estado, reconocer que la globalización está produciendo nuevos frentes de desigualdad, es una condición necesaria para avanzar en la constitución de una ciudadanía globalizada especialmente importante para los jóvenes. La separación de los jóvenes “conectados” al mundo por la vía de las nuevas tecnologías de los que permanecen al margen de esta posibilidad constituirá, a corto plazo, el punto de quiebre entre los incluidos y excluidos del nuevo mundo global. Esta situación es particularmente compleja en América Latina, porque se debe simultáneamente: atender las carencias tradicionales en el área educativa, ampliar la cobertura de sus sistemas para reducir el número de jóvenes que no logran acceder a la educación y resolver los desniveles de accesibilidad a las nuevas técnicas, de numerosos sectores de la población (Reguillo, 2003b: 11-12).

Quizás el mayor dilema que enfrenta el concepto y la práctica de la ciudadanía está vinculado al incremento de los flujos de personas que se desplazan por todo el orbe en busca de condiciones de viabilidad. La migración representa para los jóvenes latinoamericanos una alternativa de vida que se ha incrementado en los últimos diez años. Ninguna política nacional de atención a la juventud puede obviar esta situación, el tema apunta a la necesidad de atender las causas de emigración, pobreza, violencia, falta de futuro.

La investigación en los últimos veinte años en torno a los jóvenes ha venido señalando el extrañamiento creciente de los jóvenes frente a las expresiones políticas formales y apuntando la emergencia de “nuevas” formas de inserción en el espacio público, es decir, las categorías de organización y participación deben ser también revisadas a la luz de los

cambios en las expresiones juveniles. Si por un lado resulta fundamental mantener la mirada analítica y crítica sobre los procesos estructurales, es igualmente importante estudiar los territorios de la vida cotidiana donde los sujetos jóvenes despliegan un conjunto de estrategias para resistir o negociar con el orden estructural (Reguillo, 2003b: 17).

En palabras de Ulrich Beck (1997: 9), “los jóvenes practican una denegación de la política altamente política”, la idea fuerza en juego aquí es que con independencia, o a pesar de la definición restringida de ciudadanía, los jóvenes se sienten ciudadanos al hacer cosas, al decidir cuáles son las causas en las que quieren involucrarse, al expresarse con libertad a través de diferentes lenguajes, al juntarse con otros en una lógica de redes y de flujos cambiantes más que a través de organizaciones, cuando experimentan su cuerpo como un territorio autónomo, (Reguillo, 2003b: 18).

En estas dimensiones de ciudadanía se evidencian deficiencias al hablar de una ciudadanía policéntrica, no es sólo una posibilidad sino la necesidad de mirar a los sujetos sociales en la relación entre sus pertenencias y el proyecto sociopolítico, el problema de fondo se encuentra en la enorme dificultad social de pensar a los jóvenes como agentes y mantenerlos como receptores pasivos de un conjunto de derechos y obligaciones definidos *a priori* y desde arriba. La ciudadanía juvenil debería ser el resultado del equilibrio entre el nombre y la acción como el lugar de verificación empírica de ese estatuto.

La ciudadanía cultural puede resultar ser una categoría útil para dotar a la ciudadanía juvenil de un marco político que permita revertir los formalismos políticos y los esencialismos que atribuyen a la condición juvenil un “mal que se cura con los años”. Ni organización tradicional, ni participación electoral o formal son hoy categorías útiles para pensar la ciudadanía juvenil. La tarea es política y demanda incrementar la capacidad de escuchar y luchar contra las representaciones construidas contra ese imaginario que fija a los jóvenes contra una pared que los inmoviliza y les impide salir de su condición de víctimas o victimarios (Reguillo, 2003b: 19-20).

El ser joven configura una categoría social por derecho propio, que desafía los modos tradicionales históricamente construidos, a través de los cuales ha sido pensado el problema de la representación en el espacio público, la organización social, la participación que acompaña a la definición de ciudadano. De ahí que la ciudadanía es una categoría clave que se levanta precisamente como una mediación que, por un lado, define a los sujetos frente al Estado-nación y, por el otro, protege a los sujetos frente a los poderes del

Estado. Se trata, pues, de un complicado y delicado mecanismo de derechos y obligaciones, que sirve en primer lugar para pautar las reglas del juego social, cuyo sentido último es el de mantener el equilibrio entre la seguridad y la libertad, permitiendo de este modo la participación política de los jóvenes.

4. Las políticas del acontecimiento como forma de participación

Esta última parte del escrito se presenta como conclusiones al texto y pretende leer algunos de sus postulados sobre la participación política juvenil. Dichas categorías son las de resistencia y políticas del acontecimiento: la primera, leída desde Foucault, entre otros, y la segunda, desde el trabajo realizado por Maurizio Lazzarato que tiene el mismo nombre.

Reguillo afirma que “la performatividad de las culturas juveniles no puede ser contenida en la univocidad de una interpretación; sus múltiples repercusiones se despliegan y se expanden en un mundo cada vez más agotado y más perplejo”. (Reguillo, 2003a: 56).

El rechazo de los jóvenes a los modos de dominación y la resistencia desde los límites actuales de la libertad permiten la aparición de una nueva subjetividad y la posibilidad de transformación de un sistema político y de un sujeto político. “Por esta razón, las relaciones entre el poder y el rechazo a someterse de la libertad no pueden separarse. El problema crucial del poder no es el de servidumbre voluntaria (¿cómo podríamos procurar ser esclavos?). El verdadero centro de las relaciones de poder es la reluctancia de la voluntad y la intransigencia de la libertad. Antes que hablar de una libertad esencial, sería mejor hablar de un ‘antagonismo’, de una relación que es al mismo tiempo recíproca incitación y lucha; menos una confrontación cara a cara que paraliza a ambos lados, que una permanente provocación” (Foucault, 1999). Como puede verse en esta cita, resistir es el modo como la libertad hace patente su existencia⁴. Un ejercicio de poder desencadena otro en un sujeto libre. Sin este desencadenamiento no hay movimiento. Las relaciones de poder entre los sujetos consisten ahora en un modo de llevar al otro a ejecutar en el mundo la conducta necesitada o deseada. Pero el otro puede saberlo y

⁴ “Eso quiere decir que en las relaciones de poder existe necesariamente posibilidad de resistencia, pues si no existiera tal posibilidad –de resistencia violenta, de huida, de engaño, de estrategias que invierten la solución– no existirían en absoluto relaciones de poder”, Foucault, M. (1999: 405), “La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad”, en *Obras Esenciales III*, Barcelona, Paidós Básica.

solicitar como intercambio una acción sobre aquel que la propuso inicialmente. Podemos reconocer esta dinámica de los movimientos juveniles al decir: “Si algo caracteriza a los colectivos juveniles insertos en procesos de exclusión y de marginación es su capacidad para transformar el estigma en emblema, es decir, hacer operar consigo contrario las calificaciones negativas que les son impuestas” (Reguillo, 1999: 231). El juego es señalado como que a todo poder se le opone otro poder, y ésta es la estrategia. Este dinamismo es el que hace posible el juego, y los jóvenes desde su performatividad en la libertad y la resistencia hacen posibles otras formas de la política que no pasan por la forma tradicional de la misma. “(...) por ejemplo, las culturas juveniles han dotado a la calle, al concierto o a la tocada –como nombran a los espacios musicales los jóvenes mexicanos– de una función política que desborda los espacios formales y legítimamente constituidos para la práctica de la política. Al dotar a la esquina del barrio de funciones múltiples como escuchar música, discutir cuestiones públicas, estar juntos, leer poemas y realizar algunas ceremonias colectivas de consumo de drogas, los colectivos juveniles que existen en los ámbitos locales transforman el territorio en un signo cultural y político que vuelve evidente, sin la explicitación de la protesta, las exclusiones derivadas de un orden social que al globalizarse opera un vaciamiento de sentido en el espacio” (Reguillo, 2000: 145).

No todas las resistencias son iguales, de ahí que Foucault distinga tres modos de resistencia. “Por lo general, se puede decir que hay tres tipos de luchas: una contra la forma de dominación (étnica, social y religiosa); otra contra las formas de explotación que separan al individuo de lo que produce; y una tercera contra lo que liga al individuo a sí mismo y lo somete a otros en esta forma (lucha contra la sujeción, contra formas de subjetividad y de sumisión). (...) Y, en nuestros días, las luchas contra las formas de sujeción, contra la sumisión de la subjetividad, se vuelven cada vez más importantes, aun cuando las luchas contra las formas de dominación y explotación no han desaparecido. Todo lo contrario” (Foucault, 2001: 245). Y es en estas últimas formas de resistencia en donde podemos clasificar las de los jóvenes que se levantan contra la sociedad disciplinar que pretende normalizar sus cuerpos. “Y mientras eso sucede, las culturas juveniles de la crisis, de la globalización y la tribalización, (re)inventan mecanismos para confortarse colectivamente y sobrevivir a la violencia cotidiana y generalizada, al desencanto profundo que les ha abierto un hoyo negro en la esperanza” (Reguillo, 2003c: 115).

El acontecimiento no es simplemente un suceder, son las fuerzas que están en juego en la historia que no obedecen a un destino ni a un mecanismo, sino más bien, al azar de la lucha (Foucault, 2001: 32), de ahí que “el acontecimiento muestra lo que una época tiene de intolerable, pero también emergen nuevas posibilidades de vida. Esta nueva distribución de los posibles y de los deseos abre a su vez un proceso de experimentación y de creación. Hay que experimentar lo que implica la mutación de la subjetividad y crear los agenciamientos, dispositivos e instituciones que sean capaces de desplegar estas nuevas posibilidades de vida, recibiendo los valores que una nueva generación (que creció después de la caída del muro, en el curso de una fase de expansión norteamericana y del nacimiento de una nueva economía) ha sabido crear: nuevas relaciones con lo económico y con la política-mundo, una manera diferente de vivir el tiempo, el cuerpo, el trabajo, la comunicación, nuevas maneras de estar juntos y de estar contra” (Lazzarato, 2006: 44), los jóvenes mediante sus estéticas, músicas, estilos de vida hacen de su existencia una forma de política.

Por lo anterior, pensar la performatividad de los jóvenes como participación política que revela que “el acontecimiento se expresa en las almas, en el sentido de que produce un cambio de sensibilidad (transformación incorpórea) que crea una nueva evaluación: ha cambiado la distribución de los deseos” (Lazzarato, 2006: 51). Y con el cambio en los deseos hay una nueva forma de entender el mundo, no ya como “uno” sino como multiplicidad, configurando nuevas formas de la de ser político, y por lo tanto de la política, posibilitando otras formas de vida.

De ahí que “los jóvenes escapan a la definición cerrada, homogeneizadora, *light*, que el discurso dominante impulsa a través de sus centros de irradiación y se resiste a la normalización estatal. Más allá de la diversidad, lo que aquí importa destacar es que quizás la juventud sea, como lo señala Feixa (1993), una metáfora del cambio social. Una llamada de atención, alerta roja, que nos obliga a repensar muchas de las certezas construidas” (Reguillo, 2003c: 115).

Al considerar la acción política de los jóvenes a la luz del acontecimiento, estamos confrontados a una doble creación, una doble individuación, un doble devenir (creación de un posible y su efectuación), que se enfrentan a los valores dominantes. Es en este punto donde puede ser definido el conflicto con lo que existe. Estas nuevas posibilidades de vida se enfrentan, en primer término, a la organización de los poderes establecidos, pero también a la efectuación de esta misma apertura

constituyente que estos últimos quieren organizar. El modo del acontecimiento es la problemática. Un acontecimiento no es la solución de un problema sino la apertura de los posibles. Así, para los jóvenes, el acontecimiento revela la naturaleza del ser como pregunta o problema, de manera que la esfera del ser es la de “las respuestas y las preguntas”. La participación de los jóvenes en la política desde el acontecimiento hace posible, define, un proceso de constitución del mundo y de la subjetividad que no parte del sujeto (o del trabajo), sino del acontecimiento (Lazzarato, 2006: 45).

Por último, y con el fin de proponer una mirada a los jóvenes, diré que la tarea será “instalarse ahí, en el territorio de sus prácticas, afinar la escucha y doblegar el impulso a la respuesta y explicación anticipadas, puede ayudar, tal vez, a ubicar por qué, pese a sí mismos, los jóvenes operan como signos de lo político y, a veces, de la política” (Reguillo, 2003a: 56).

Bibliografía

- BECK, U. (1997), *Hijos de la libertad*, México, FCE.
- FOUCAULT, M. (1999), “*La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad*”, en *Obras Esenciales III*, Barcelona, Paidós Básica.
- (2001), “*El sujeto y el poder*”, Post-scriptum, en DREYFUS, H., y RABINOW, P., Michel Foucault: *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LAZZARATO, M. (2006), *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón Ediciones.
- REGUILLO, R. (1997), “*Jóvenes: la construcción del enemigo*”, *Revista latinoamericana de comunicación Chasqui*.
- (1999), “*Poderes sedentarios, narrativas itinerantes. Notas sobre políticas de identidad*”, *Nómadas*, N° 10, Bogotá.
- (2000), *Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Bogotá, Norma.
- (2000a), “*El lugar desde los márgenes. Música e identidad juveniles*”, *Nómadas*, N° 13, Bogotá.
- (2002), “*Gestión del riesgo y modernidad reflexiva*”, *Nómadas*, N° 17, Bogotá.
- (2003a), “*Ciudadanías juveniles en América Latina*”, *Última Década*, N° 19, Viña del Mar, CIDPA.
- (2003b), “*Violencias y después. Culturas en reconfiguración*”, México.

Jorge Eliécer Martínez

— (2003c), “*Las culturas juveniles: un campo de estudio breve para abordar la discusión*”,
Revista Brasileira de Educación.

— (2004), “*La performatividad de las culturas juveniles*”, Estudios de juventud, N° 64,
México, ITESCO.

jmartinezp2@gmail.com

Jorge Eliécer Martínez. Licenciado en Filosofía. Magíster en Desarrollo Educativo y Social. Diploma de estudios Avanzados en Filosofía (D.E.A.). Candidato a Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Docente investigador de Colombia.

RECIBIDO: 15 de Agosto de 2008

ACEPTADO: 16 de Setiembre de 2008